

El 2 de marzo de 1894 lee Mallarmé en Cambridge una conferencia sobre *la Música y la literatura*.

«Pembroke College. Al caer la tarde. Cortinaje inmenso: el del *bow-window*, a la espalda del orador, de pie contra un sillón, de pie ante una mesa, que soporta la plata de un potente par de candelabros solitarios bajo sus fuegos. El misterio: inquietud que, tal vez, alguien le vertió. Auditorio selecto del que emana, en la sombra, un ruido de atención, cual respirable velo, al derredor de sus rostros. Decoración... para ese juego que es aún la transmisión de ensueños entre uno y algunos.»

Unas palabras de saludo, unas más de prólogo, y suelta su voz Mallarmé a aquella frase, no necesitada, ni entonces ni ahora, de calificativo:

«Los gobiernos cambian; la prosodia permanece siempre intacta».

Prosodia —*pros*, *odé*— es lo que una lengua posee de musical: su música propia; lo que tiene para (*pros*) cantar (*odé*).

Ortografía no es, claro está, eso que dicen las gramáticas corrientes y molientes, y eso que aprendimos todos sobre acentos, puntos y comas, *be* grande y *ve* chica, hache o no

1. Mallarmé, «Poesía y Azar».

hache... Ortografía es —y lo dice Mallarmé, quien algo sabía de eso y de otras cosas a eso afines y de eso complementarias— «una manera de notación musical».

Hache o no hache, acentos... son convenciones, para algunos más sagradas que la letra, lo dicho y lo pensado —un poco a la graciosa y ridícula manera de esas comidas de etiqueta en que equivocarse para carne con tenedor para pescado resulta crimen más grave y falta más imperdonable que decir cuatro solemnes tonterías en el brindis o en los postres, o un adulterio. No sabe manejar el tenedor; dudad de que sepa manejar los pinceles. No sabe escribir con ortografía, ¿qué sabrá, el pobre, de literatura?

Ortega y Gasset ridiculizó en frase definitiva y justa a la Academia de la Lengua española, al decir de ella que «*montaba guardia pretoriana al derredor del Diccionario*». Tal función se añadía a esotras proclamadas en su lema: «*pule, fija y da esplendor*». Todo, menos dar al lenguaje musicalidad: de canto, *prosodia*, y de partitura —*ortografía*.

Mallarmé inauguró en su poema *Un coup de dés jamais n'abolira le Hazard* la auténtica ortografía para la poesía: la *partitura literaria*.

Transcribamos las páginas finales del poema para delicia —o desconcierto— del lector, y para material de ulteriores comentarios:

EXCEPTÉ

à l'altitude

PEUT-ÊTRE

aussi loin qu'un endroit fusionne avec au-delà

hors l'interêt

quant à lui signalé

en général

selon telle obliquité por telle declivité

des feux

vers

le doit être

le Septentrion aussi Nord

UNE CONSTELLATION

froide d'oubli et de desuétude

pas tant

qu'elle n'énumère

sur quelque surface vacante et supérieure

le heurt successif

sidéralement

d'un compte total en formation

veillant

doutant

roulant

brillant et meditant

avant de s'arrêter

à quelque point dernier qui le sacre

Toute Pensée émet un Coup de Dés

«Un saque de dados jamás abolirá el Azar». Tal es el tema que musical —más que poético— con partitura, más bien que en página libresca, nos ofrece Mallarmé —a vista y oído y mente que hable y cante, hable-cante-piense prosódica y ort -gráfi-camente. Todo eso de vez, a la una, cual acorde verbal e ideológico.

Mallarmé, po poeta, músico de la poesía y pintor o dibujante de poesía musical pudo ag antarse unas gana que un filósofo no puede: la de sa ar la con lusión de un silogismo, sobre todo de la primera figura: de un *Barbara* o *Celarent*.

El tema del poema «Un saque de dados jamás abolirá el Azar» es, para el filósofo, premisa primera, universal negativa. La menor es «todo pensamiento es un saque de dados». ¿Por qué razón Mallarmé cierra el poema con tal menor, abierto como lo abrió con una mayor, desafortada en su negación —jamás— y desafortada contra lo inasible: el Azar, y no saca la lógicamente inevitable secuela: luego «todo pensamiento no abolirá jamás el Azar»? Por razones, y por sentirse forzado por ellas, y sólo por ellas, piensa y habla un filósofo. A sacar consecuencias, de premisas puestas, no se siente forzado, no puede forzarse a un poeta o a un músico o a un pintor.

Es un atentado repulsivo contra el derecho inminente de un terceto a resaltar sobre página en blanco imprimir, cual si fuera terceto, un silogismo como:

Un saque de dados jamás abolirá el Azar.
Todo pensamiento es un saque de dados.
Todo pensamiento jamás abolirá el Azar.

Un terceto de Dante tiene derecho a tal gasto o uso de papel. La sencilla y pictórica honra de destacarse sobre esa «*superficie limpia y resaltante*» que es el papel, debe reservarse para una «*constelación*» de palabras, constelación que surge a golpes de ocurrencias, de inspiración, palabra a palabra, sin que una arrastre, de necesidad o por lógica, a la siguiente, y dos a una tercera, y tres a una cuarta, y así todas en recua rosario o cadena —en polisilogismo.

Cada saque de no tramposos dados no prefija o predetermina el siguiente. Cada cara sale porque sí, sobre la superficie lisa de una mesa de juego. Y cada saque es «un golpe»; y el juego, «sucesión de golpes»; jugando a dados salen caras y números, tan insignificantes cual los que van de 1 a 6, sólo importantes por las apuestas del siempre importante dinero.

No hay saque de dados tan fabuloso que agote, abolido por él, al Azar. Todo juego tiene que terminar por un golpe de fuerza —aunque no sea sino por quedarse los jugadores dormidos, o sin dinero, todos menos uno. Echados, vueltos a echar, y así al infinito, es cuando los dados muestran, justa y precisamente, la vigencia del Azar: la del cálculo de las probabilidades.

Jamás partidas de partidas de dados abolirán el Azar. La partida más fabulosa de ruleta hundirá al banco. No al Azar.

El poema más sublime, original y perfecto no abolirá jamás la Poesía; no agotará la inventiva poética. Cada poeta viene al mundo, al mundo de las letras, inocente —*alta y limpia superficie*— de todo lo anterior. Es el auténtico e históricamente comprobable Adán.

Cada palabra que, por un golpe de suerte —no por lógica de ideas o por leyes de asociación psíquica—, venga a su pensamiento, y el pensamiento la emita, se va inscribiendo —dice Mallarmé— allá en lo alto, en una altura que, por tan lejos de las nuestras, se fusionan con el más Allá, bien lejos de esas interesadas localizaciones astronómicas o náuticas de norte, septentrión, latitud, longitud...

Golpe a golpe de palabras, saque a saque de palabras, surge una *constelación* de palabras, *una cuenta total en formación*. Por parecidos golpes o *choques siderales* ha surgido el cielo, y, en él, constelaciones, cual la Osa Mayor: golpes de luz que

velan
titilan
ruedan
brillan y meditan
antes de detenerse
en un punto final que las consagre

Esa posición o distribución final de estrellas-palabras de un lural de palabras que el Azar, la buena ventura, consagra para siempre, o indeleblemente, en forma de Constelación, es poema.

Surgió por leyes de dichoso Azar verbal, cual por leyes de azar o estadística, dice la astronomía moderna, surgieron las estrellas y sus constelaciones.

Todo pensamiento, el genuino pensamiento —no las entendederas—, es insuete de dados. Y ni el pensamiento más fabuloso —los de *Platón, Aristóteles, Tomás, Kant, Hegel, Marx, Husserl, Heidegger*— puede abolir el Azar, agotar la inventiva filosófica.

El pensamiento llamado «racionalista» se propone, y cree poder abolir para siempre el Azar, terminar con la inventiva filosófica, y que los siguientes sean ya, para siempre, acólitos, glosadores, repetidores, comentaristas, sacristanes, mosaique-ros, traductores, escolastiqueros, propagandistas o misioneros de uno y uno solo que «abolió el Azar» y dejó firmemente establecida.

una Constelación: un Sistema,

que —retocando, y no para bien de la literatura, una palabra de Mallarmé— no se fusiona con el más allá, sino con el más acá, y se halla bien encajada dentro del «interés» de tal latitud y tal longitud, hacia el norte o septentrión.

En 1897, poco antes de su muerte, Mallarmé en un saque de dados —fabuloso cual su poema en prosa, dibujo y música *Un coup de dés*— formula, por vez primera en la historia, una concepción *probabilística* de poesía y pensamiento.

Habrán de transcurrir bastantes años, casi hasta mitades de nuestro siglo, para que la concepción probabilística, y las fundamentaciones estadísticas, se impongan en la ciencia actual, y las estadísticas cuánticas, en especial, den cuenta y razón de lo que pasa en el hondón del fondo de lo real: en protones, electrones, cuantos de luz...

Si se pudiera decir, con decoro para las dos partes —la profecía y poesía—, que Mallarmé fue el profeta de la concepción probabilística del universo, tal fuera la mejor definición que de él pudiéramos dar nosotros, y la mejor que de sí dio él, al decir él en forma impersonal lo que las líneas siguientes dirán de él en forma personal:

Todo mi pensamiento no ha sido sino un venturoso saque de dados.

Pero *un saque de dados*, el más fabuloso, **jamás abolirá el Azar**: la buena suerte, la inventiva o la creativa de los poetas.

¿Y la de los filósofos?